

ENSAYO

Capitalismo a prueba **EL ÚLTIMO IMPERIO** El imperio injusto

Charles E. Lindblom propone sopesar la ambivalencia de este sistema económico y su mundialización. Desde la racionalidad, el experto de Yale invita a admirar sus aciertos y a deplorar sus desventajas para que al final el lector decida el camino a seguir.

EL SISTEMA DE MERCADO: QUÉ ES, CÓMO FUNCIONA Y CÓMO ENTENDERLO

Charles E. Lindblom
Traducción de
Fernando Esteve Mora
Alianza, Madrid, 2002
327 páginas, 18 euros

SALVADOR GINER

Suele decirse que la economía política ha fallado. A manos de la ciencia económica, naturalmente. Cualquiera que recuerde a quienes, siguiendo la vieja senda de Schumpeter, la han cultivado hasta hoy —Mancur Olson o Albert Hirschman, por ejemplo— sabe que ello no es del todo así. Pero, por si cabían dudas, he aquí un tratado general vigoroso, sencillo, irónico, contundente y al alcance de cualquier ciudadano medianamente leído. Y compuesto, todo él, desde la perspectiva clásica de la economía política.

Charles Lindblom, su autor, es profesor emérito de la Universidad de Yale. Su vasta obra contribuye en un análisis de los límites de la racionalidad económica. Lindblom ha hecho siempre hincapié en el peso que las circunstancias "implificables" e inevitables tienen sobre la competencia imperfecta entre los miembros de un mercado. Toda racionalidad, incluida la económica, posee fronteras. Lindblom, empero, no es enemigo de la racionalidad. Al contrario. La considera, eso sí, en expresión que ha hecho fortuna, como una *bounded rationality*, o racionalidad circunscrita, tanto por lo que respecta al espacio en el que aparece como en cuanto a nuestra capacidad individual para hacer uso de ella.

Éste es el libro de un sabio.

Es como si Lindblom, nacido en el último año de la Gran Guerra, en 1918, quisiera haber resumido su saber y legados en una sola entrega final. Respira el espíritu de quien durante toda su vida académica ha estudiado la economía capitalista (a menudo desde el campo de la política y del poder) como un fenómeno esencialmente ambivalente. Esto es muy de agradecer, en un mundo como el nuestro, repleto por un lado de liberales precapitalistas poco menos que ciegos ante los efectos malignos del mercado y por otro de radicales pertinaces cuyas jeremiadas sobre la mundialización y el capitalismo, en vez de apoyarse en argumentaciones sensatas, se suelen perder en mantras repetitivos sobre un imaginario "pensamiento único". Los unos ignoran víctimas inocentes y los otros desconocen las ventajas del libre comercio y la universalización de la libertad económica.

Lindblom ni es enemigo acérrimo ni amigo incondicional del mercado, sino, como suele decirse bromeando, todo lo contrario. Nos lo dice bien claro: "Lector, ni te invito a que admires ni a que deploras el sistema de mercado". Lo que nos invita es a que admiremos y respetemos algunas de sus ventajas al tiempo que deploramos con energía sus daños y las heridas que causa. Que sepamos su esencial ambivalencia.



Apertura de la Bolsa de Nueva York tras los atentados del 11-S. REUTERS

Que juguemos su complejidad y decidamos la estrategia a seguir. El mercado es hoy un hecho más o menos fundamental. Es parte esencial de la mundialización. Genera posibilidades de coordinación económica, política y cultural sin coordinador. El asunto no necesita ni burocracia ni aparatos parasitarios para ponerse en marcha eficazmente. Pero esa coordinación anónima y automática es, a menudo, cruel. (Aunque tal vez menos que la de otros sistemas: en mis pesquisas sociológicas no he topado aún con greyes que quieran volver al feudalismo. Ni tampoco al stalinismo, por dar un ejemplo casi de hoy). El mercado capitalista erosiona y destruye desigualdades, desencadena talentos, impone criterios de mérito, ingenio y tenacidad en el trabajo a los ciudadanos. Simultáneamente, tiene repercusiones dañinas pues engendra nuevas desigualdades, marginaciones, víctimas si cuento.

El lugar de partida del mercado no es igualitario: Lindblom insiste en que no hay ni habrá igualdad de oportunidades sin descalificar la dignidad, ni buenos resultados de quienes hoy noblemente procuran limar diferencias. El mercado mismo lima algunas desigualdades y hasta fomenta en algunos casos la democracia pluralista pero no oblitera las que llama "condiciones previas". Estas son las que en el fondo no nos permiten competir entre nosotros según el mérito, con justicia y equidad. Las diferencias originales o condiciones previas permiten una desigual distribución de la mala o buena suerte de las gentes. Equivalen a lo que los filósofos

morales suelen llamar, añadido, suerte moral.

Para Lindblom la eficacia económica del mercado, esa institución central de todo país moderno, y hasta ya de los que no lo son o lo son a medias, se apoya en última instancia en criterios subjetivos y culturales de racionalidad. Nadie puede afirmar que la mera acumulación de bienes o que el consumo infinitamente limitado de ellos constituye un fin racional ni sostenible, ni bueno en sí. Lo malo es que, en condiciones de mercado, tales desmanes ocurren porque quien los determina son las élites frente a la masa. Esta vieja dicotomía sociológica, entre élites (del poder y del control) y las masas (subordinadas y en buena medida impotentes, así como manipuladas) sorprende por su repartición en una obra tan madura y magistral. Pero no será yo, desde este rincón de Babelia, quien me ponga a argumentar en contra de una idea con la que discrepo, al menos en la forma en que la presenta el maestro. Seguro que ustedes, posibles lectores, también hallen alguna que otra idea con la que diferir. Pero en su conjunto, pienso, tiempo hacía que uno no leía un texto tan pleno de sensatez, tan convincente, tan necesario. No tiene desperdicio.

La traducción, de Fernando Esteve, es excelente. El índice es bueno. No así en cambio la literatura que recomienda el autor al final: no nos dice qué ediciones castellanas se encuentran a nuestra disposición de los libros que recomienda. Pero éstos son pecatos mínimos. Léanlo y no esperen a que lleguen las vacaciones.

Gore Vidal denuncia en esta recopilación de ensayos que el 11-S ha exacerbado el belicismo "canalla" de EE UU. Y responde a la pregunta "¿por qué nos odian?".

EL ÚLTIMO IMPERIO. ENSAYOS 1922-2001

Gore Vidal
Síntesis, Madrid, 2002
335 páginas, 20,31 euros

JAVIER VALENZUELA

Gore Vidal es un viejo cascarrabias y un tremendo nacionalista, pero también un tipo sincero y valiente. Vuelve a demostrarlo en los ensayos reunidos en *El último imperio* y, en particular, en *El Martir Negro*, el que escribió tras el 11-S y que la revista *Vanity Fair* no se atrevió a publicar. Vidal, el septuagenario autor de *Washington D.C. y Julián*, es ahora uno de los pocos intelectuales norteamericanos que, rompiendo los tabiques del "consenso antiterrorista" y "lo políticamente correcto", se hacen la pregunta que todos sus compatriotas, empezando por el titular de la Casa Blanca, deberían hacerse: "¿Por qué nos odian tanto?".

El mismo brinda en estos artículos las respuestas de sentido común. "Somos el Estado más canalla de todos", dice en uno anterior al 11-S. "No hacemos caso de tratados. Desdeñamos los tribunales internacionales. Atacamos por decisión unilateral allí donde nos place. Damos órdenes a las Naciones Unidas pero no cumplimos con nuestros deberes. Nos quejamos de que haya terrorismo, pero nuestro imperio es el mayor terrorista de todos. Bombaedamos, invadimos y subvertimos otros Estados". El 11-S no le hace cambiar de opinión. Al contrario, los atentados contra las Torres Gemelas y el Pentágono, afirma en *El Martir Negro*, ha exacerbado hasta el paroxismo esta condición canalla. En el interior "hay ominosos indicios de que nuestras frágiles libertades corren dramático peligro"; en el exterior todo indica que Estados Unidos se ha convertido en "poco más que un maestro Estado imperial".

Es estremecedor el que Washington, con su arrogancia y su belicismo, haya malgastado en pocos meses el inmenso caudal de simpatía y solidaridad internacionales que cosechó el 11-S. Ahora ya no son solo millones de musulmanes los que consideran indignantes muchas de sus decisiones; también en Europa, Asia y América Latina crece el sentimiento de que cosas como el ataque que prepara contra Irak o su cruel indiferencia a los sufrimientos de los palestinos no son de recibo. Incluso entre los que aceptan su liderazgo se instala la idea de que este imperio, teóricamente basado en la democracia y los derechos humanos, es tan egoísta e injusto como sus predecesores.

Vidal llama a las cosas por su nombre, y así Estados Unidos es "el último imperio" y no ese eufemismo de "la única superpotencia existente". En su novela *Imperio*, ambientada en el Washington de finales del siglo XIX, Vidal ya contó cómo la guerra contra España de



Gore Vidal. OLYMPIA

1898 marcó el nacimiento de una voluntad expansionista contraria a los principios de los Padres Fundadores. Y en estos ensayos precisa que el salto definitivo se dio en 1947, bajo la presidencia de Truman, cuando "la vieja República" fue sustituida por "un Estado para la Seguridad Nacional cuyo único propósito es el de luchar guerras perpetuas, calientes, frías y tibias".

Desde entonces el "complejo militar-industrial" —una fórmula que no es de ningún izquierdista, sino de Eisenhower— declara una guerra tras otra para justificar un proceso de eterno rearme. Desde Corea hasta Afganistán, pasando por Cuba, Vietnam, Camboya, Libano, Nicaragua, El Salvador, Granada, Somalia, Haití... Estados Unidos siempre está combatiendo. Contra el comunismo, el terrorismo, la droga, y, si es menester, contra los marxistas. Tanto da que el presidente sea un paleta como Bush o un tipo inteligente como Clinton, que, como recuerda Vidal, bombardeó "una fábrica de aspirinas en Sudán".

No es de extrañar tanto odio en el extranjero, afirma Vidal. "Rara vez", escribe, "analizamos las causas de que haya ocurrido cualquier cosa, a menos que sea para acusar a otros de una mala praxis de toda motivación". Ahora "se ha demonizado a mil millones de musulmanes como fanáticos dementes dedicados a destruir todo lo bueno que hay sobre la faz de la tierra, que somos nosotros mismos". Creyente y crítico, el pueblo norteamericano se lo traga todo. Si el inquilino de la Casa Blanca aparece en televisión con cara de extrema gravedad y rodeado de banderas de las barras y estrellas, y dice que el país pelagra por culpa de Canadá o Albania, la mayoría de sus compatriotas le creerá a pies juntillas. De hecho, varias películas norteamericanas recientes, como *Wag the dog*, *Canadian Bacon* y *South Park*, ironizan sobre situaciones imaginarias de este tipo.

"El imperio global norteamericano se asienta sobre una serie de patas mentiras presidenciales", afirma Vidal. "Por lo visto, la camarilla de Hitler andaba en lo cierto en lo tocante a la credulidad humana: cuanto mayor sea la mentira, más probable es que se la traguen". Lo triste es que tantos europeos hagan como que se la creen.